

QUEVEDO Y VILLEGAS, FRANCISCO DE (1580-1645)

SILVAS

El reloj de arena

¿Qué tienes que contar, reloj molesto,
en un soplo de vida desdichada
que se pasa tan presto?

¿En un camino que es una jornada
breve y estrecha de este al otro polo,
siendo jornada que es un paso solo?

Que si son mis trabajos y mis penas,
no alcanzaras allá, si capaz vaso
fueses de las arenas,
en donde el alto mar detiene el paso.

Deja pasar las horas sin sentirlas,
que no quiero medirlas,
ni que me notifiqués de esa suerte
los términos forzosos de la muerte.

No me hagas más guerra,
démame y nombre de piadosa cobra,
que hartó tiempo me sobra
para dormir debajo de la tierra.

Pero si acaso por oficio tienes
el contarme la vida,
presto descansarás, que los cuidados
mal acondicionados
que alimenta lloroso
el corazón cuitado y lastimoso,
y la llama atrevida
que amor, ¡triste de mí!, arde en mis venas
(menos de sangre que de fuego llenas),

no sólo me apresura
la muerte pero abréviame el camino:

pues con pie doloroso,
mísero peregrino,
doy cercos a la negra sepultura.

Bien sé que soy aliento fugitivo;
ya sé, ya temo, ya también espero
que he de ser polvo, como tú, si muero;
y que soy vidrio, como tú, si vivo.

Reloj de campanilla

El metal animado,
a quien mano atrevida, industriosa,
secretamente ha dado
vida aparente en máquina preciosa:
organizando atento
sonora voz a docto movimiento,

en quien, desconocido
espíritu secreto brevemente
en un orbe ceñido,
muestra el camino de la luz ardiente;
y con rueda importuna,
los trabajos del sol y de la luna;
y entre ocasos y auroras,
las peregrinaciones de las horas.

Máquina en que el artífice, que pudo
contar pasos al sol, horas al día,
mostró más providencia que osadía,
fabricando en metal disimuladas
advertencias sonoras repetidas,
pocas veces creídas,
muchas veces contadas.

Tú, que estás muypreciado
de tener el más cierto, el más limado,
con diferente oído,
atiende a su intención y a su sonido.
La hora irrevocable que dio llora,
prevén la que ha de dar y la que cuentas,
lógjala bien, que en una misma hora
te creces y te ausentas.

Si le llevas curioso,
atiéndele prudente,
que los blasones de la edad desmiente
y en traje de reloj llevas contigo,
de el mayor enemigo,
espía desvelada y elegante:
a ti tan semejante,

que presumiendo de abreviar ligera
la vida al sol, al cielo la carrera,
fundas toda esta máquina admirada
en una cuerda enferma y delicada;
que, como la salud en el más sano,
se gasta con sus ruedas y su mano.

Estima sus recuerdos,
teme sus desengaños,
pues ejecuta plazos de los años;
y en él te da secreto
a cada sol que pasa, a cada rayo,
la muerte un contador, el tiempo un ayo.

El reloj de sol

¿Ves, Floro, que, prestando la aritmética
números a la docta geometría,
los pasos de la luz le cuenta al día?
¿Ves por aquella línea bien fijada
a su meridiano, y a su altura,
del sol la velocísima hermosura
con certeza espiada?

¿Agradeces curioso
el saber cuanto vives,
y la luz y las horas que recibes?
Empero, si olvidares estudioso,
con pensamiento ocioso,
el saber cuanto mueres,
ingrato a tu vivir, y morir eres:
pues tu vida, si atiendes su doctrina,
camina al paso que su luz camina.

No cuentes por sus líneas solamente
las horas, sino lógrelas tu mente,

pues en él recordada
ves tu muerte en tu vida retratada;
cuando tú, que eres sombra,
pues la santa verdad así te nombre,
como la sombra suya peregrino,
desde un número en otro tu camino
corres, y pasajero
te aguarda sombra el número postrero.

Túmulo de la mariposa

Yace pintado amante,
de amores de la luz muerta de amores,
mariposa elegante,
que vistió rosas y voló con flores;
y codicioso el fuego de sus galas,
ardió dos primaveras en sus alas.

El aliño de el prado,
y la curiosidad de primavera,
aquí se han acabado,
y el galán breve de la cuarta esfera,
que con dudoso y divertido vuelo
las lumbres quiso amartelar del cielo.

Clementes hospedaron
a duras salamandras llamas vivas,
su vida perdonaron:
y fueron rigurosas, como esquivas,
con el galán idólatra, que quiso
morir como Faetón, siendo Narciso.

No renacer hermosa,
parto de la ceniza, y de la muerte,
como fénix gloriosa,
que su linaje entre las llamas vierte,
que no sabe de amor y de ternura
lo llamará desdicha, y es fineza.

Su tumba fue su amada,
hermosa, sí, pero temprana, y breve,
ciega, y enamorada,
mucho al amor, y poco al tiempo debe,
y pues en sus amores se deshace,

escribase: Aquí goza, donde yace.

Himno a las estrellas

A vosotras, estrellas,
alza el vuelo mi pluma temerosa,
del piélagos de luz ricas centellas;
lumbre que enciende triste y dolorosa
a las exequias del difunto día,
huérfano de su luz la noche fría;

ejército de oro,
que, por campañas de zafir marchando,
guardáis el trono del eterno coro
con diversas escuadras militando;
argos divino de cristal y fuego,
por cuyos ojos vela el mundo ciego;

señas esclarecidas
que, con llama parlera y elocuente,
por el mudo silencio repartidas,
a la sombra servís de voz ardiente;
pompa que da la noche a sus vestidos,
letras de luz, misterios encendidos.

De la tiniebla triste,
preciosas joyas, y del sueño helado,
galas, que en competencia del sol viste;
espías del amante recatado,
fuentes de luz para animar el suelo,
flores lucientes del jardín del cielo.

Vosotras de la luna
familia relumbrante, ninfas claras,
cuyos pasos arrastran la fortuna,
con cuyos movimientos muda caras,
árbitros de la paz y de la guerra,
que, en ausencia del sol, regís la tierra;

vosotras, de la suerte
dispensadores luces tutelares,
que dais la vida, que acercáis la muerte,
mudando de semblante, de lugares;
llamas, que habláis con doctos movimientos,

cuyos trémulos rayos son acentos;

vosotras, que enojadas
a la sed de los surcos y sembrados,
la bebida negáis, o ya abrasadas
dais en ceniza el pasto a los ganados,
y si miráis benignas y clementes,
el cielo es labrador para las gentes;

vosotras, cuyas leyes
guarda observante el tiempo en toda parte,
amenazas de príncipes y reyes,
si os aborta Saturno, Jove o Marte;
ya fijas vais, o ya llevéis delante
por lúbricos caminos greña errante;

si amasteis en la vida,
y ya en el firmamento estáis clavadas,
pues la pena de amor nunca se olvida,
y aún suspiráis en signo transformadas,
con Amarilis, ninfa la más bella,
estrellas ordenad, que tenga estrella.

Si entre vosotras una
miró sobre su parto y nacimiento,
y de ella se encargó desde la cuna,
dispensando su acción, su movimiento;
pedidla, estrellas, a cualquier que sea,
que la incline siquiera a que me vea.

Yo, en tanto desatado
en humo, rico aliento de Pancaya,
haré que peregrino y abrasado,
en busca vuestra por los aires vaya:
recataré del sol la lira mía,
y empezará a cantar muriendo el día.

Las tenebrosas aves,
que el silencio embarazan con gemido,
volando torpes y cantando graves,
más agüeros que tonos al oído,
para adular mis ansias y mis penas,
ya mis musas serán, ya mis sirenas.

El sueño

¿Con qué culpa tan grave,
sueño blando y süave,
pude en largo destierro merecerte,
que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo por ser descanso
sino por muda imagen de la muerte.

Cuidados veladores
hacen inobedientes mis dos ojos
a la ley de las horas:
no han podido vencer a mis dolores
las noches, ni dar paz a mis enojos.

Madrugan más en mí que en las auroras
lágrimas a este llano,
que amanece a mi mal siempre temprano;
y tanto, que persuade la tristeza
a mis dos ojos, que nacieron antes
para llorar, que para verse sueño.

De sosiego los tienes ignorantes,
de tal manera, que al morir el día
con luz enferma vi que permitía
el sol que le mirasen en Poniente.

Con pies torpes al punto, ciega y fría,
cayó de las estrellas blandamente
la noche, tras las pardas sombras mudas,
que el sueño persuadieron a la gente.

Escondieron las galas a los prados,
estas laderas y sus peñas solas;
duermen ya entre sus montes recostados
los mares y las olas.

Si con algún acento
ofenden las orejas,
es que entre sueños dan al cielo quejas
del yerto lecho y duro acogimiento,
que blandos hallan en los cerros duros.
Los arroyuelos puros
se adormecen al son del llanto mío,
y a su modo también se duerme el río.

Con sosiego agradable
se dejan poseer de ti las flores;
mudos están los males,
no hay cuidado que hable,
faltan lenguas y voz a los dolores,
y en todos los mortales
yace la vida envuelta en alto olvido.

Tan sólo mi gemido
pierde el respeto a tu silencio santo:
yo tu quietud molesto con mi llanto,
y te desacredito
el nombre de callado, con mi grito.

Dame, cortés mancebo, algún reposo:
no seas digno del nombre de avariento,
en el más desdichado y firme amante,
que lo merece ser por dueño hermoso.

Débate alguna pausa mi tormento;
gózante en las cabañas,
y debajo del cielo
los ásperos villanos:
hállate en el rigor de los pantanos,
y encuéntrate en las nieves y en el hielo
el soldado valiente,
y yo no puedo hallarte, aunque lo intenté,
entre mi pensamiento y mi deseo.

Ya, pues, con dolor creo
que eres más riguroso que la tierra,
más duro que la roca,
pues te alcanza el soldado envuelto en guerra;
y en ella mi alma
por jamás te toca.

Mira que es gran rigor: dame siquiera
lo que de ti desprecia tanto avaro,
por el oro en que alegre considera,
hasta que da la vuelta el tiempo claro.

Lo que había de dormir en blando lecho,
y da el enamorado a su señora,
y a ti se te debía de derecho;
dame lo que desprecia de ti agora

por robar el ladrón; lo que desecha
el que envidiosos celos tuvo y llora.

Quede en parte mi queja satisfecha,
tócame con el cuento de tu vara,
oirán siquiera el ruido de tus plumas
mis desventuras sumas;
que yo no quiero verte cara a cara,
ni que hagas más caso

de mí, que hasta pasar por mí de paso;
o que a tu sombra negra por lo menos,
si fueres a otra parte peregrino,
se le haga camino
por estos ojos de sosiego ajenos.

Quítame, blando sueño, este desvelo,
o de él alguna parte,
y te prometo, mientras viere el cielo,
de desvelarme sólo en celebrarte.